

EL PENSAMIENTO MILITAR EN LOS CANTARES DE GESTA

por JOSE MARIA GARATE CORDOBA
Teniente Coronel del Servicio Histórico Militar

I

LA HISTORIA Y LA LITERATURA MEDIEVAL

El tema medieval hoy

El tema medieval está de moda. El hombre que se aproxima al fin del segundo milenio se interesa por problemas que preocupaban al del año mil. Hace treinta años no hubieran tenido éxito películas como «El séptimo sello» o «La hora final». Proliferan hoy los reportajes y seriales con hipótesis sobre el fin del mundo, las novelas y ensayos, del tipo de *El diablo*, de Papini, junto a otros nacionales como *La cloaca de la Historia*, de Muñoz Alonso. Son muestras de una extensa bibliografía de preocupaciones típicamente medievales en la filosofía y la teología, en la historia, la literatura y el arte. Ello da a nuestro tiempo un especial color medievalista.

En España se refleja bien esta predilección artística. Los autores dramáticos y los guionistas de cine insisten en los últimos años sobre tales temas. Son prueba de ello dos películas del Cid y una de Fernán González, como en teatro los amores de Rodrigo y Jimena o la reciente versión de «Los Infantes de Lara», de Lope, por referirnos sólo a personajes de nuestros cantares de gesta que aquí vamos a estudiar, puesto que en la mente de todos están las reposiciones de *La Celestina* o la escenificación de episodios del Arcipreste de Hita. Se sabe que Ingard Bergman estudió las posibilidades de incluir los «Siete Infantes» entre sus argumentos medievales, proyecto que de-

bió abandonar cuando se preparaba hace un par de años una co-producción con guión español sobre la célebre leyenda.

Pero aparte de este medievalismo ambiental, que no por ser del sentimiento deja de tener sus motivos y razones, hay algo científico y profundo, más relacionado con ello de lo que parece a simple vista. Es el interés por revisar conceptos medievales en la historia del arte y la literatura, en la historia de la filosofía y la filosofía de la historia, especialmente en ese estudio de la teología de la historia, que cada día aumenta en interés y popularidad, después de varios siglos de abandono.

Se está notando ahora el verdadero valor de una época tachada de transición y oscurantismo, como si esas notas no fuesen comunes a casi todos los tiempos, en grado no pequeño, cuando se las mira desde su futuro. Sin ir más lejos, ya hay quienes pretenden hacer oscura nuestra guerra de Liberación, que transición fue.

Una polémica sobre la Reconquista

Por eso no es extraño que Américo Castro y Sánchez Albornoz (1), entablasen no hace mucho una polémica sobre el carácter de nuestra Reconquista, con el pretexto de buscar la esencia del hombre español.

La réplica de Sánchez Albornoz a Castro (2) deja aún algunos flancos débiles, que se refuerzan en estudios de Antonio Almagro, Laín Entralgo, Antonio Tovar y Maravall, y se completan con bases anteriores de Menéndez Pidal, Pérez de Urbel y aún Ortega y Gasset (3). Entrar en el examen detenido de sus *puntos* haría nuestro estudio muy extenso. Pero no será ocioso en esta introducción, ambientarnos un poco para aclarar ideas. Los temas de la controversia pueden centrarse así:

1. Si se puede llamar Reconquista una lucha que duró ocho siglos.

(1) AMÉRICO CASTRO: *España en su historia*. Méjico, 1954. *Los españoles: Cómo llegaron a serlo*. Taurus. Madrid, 1965.

(2) SÁNCHEZ ALBORNOZ (Claudio): *España, un enigma histórico*. Buenos Aires, 1957.—*Españoles ante la historia*. Losada, Buenos Aires, 1958.

(3) ALMAGRO (Antonio): *Constantes de lo español*. Madrid, 1955.—LAÍN ENTRALGO: *España como problema*.—Artículos de LAÍN y de TOVAR en «Cuadernos Hispanoamericanos» y de JOSÉ ANTONIO MARAVALL en «Revista de Occidente».

2. Si la Reconquista quiso ser una restauración visigótica.
3. Si «los cinco reinos de España» tienen idea de unidad nacional y muestran otra cosa que una organización feudal a gran escala.
4. Si hay en el hombre español elementos vitales autóctonos y góticos, o es esencialmente latino-árabe.
5. Si nuestros emperadores «de las dos religiones» y aun de las tres, o caudillos como Carlomagno, el Cid y Pedro I, no muestran una arabización casi total.
6. Si la Reconquista fue realmente Cruzada, o su espíritu religioso fue más bien contagio de la «guerra santa» musulmana; la invocación a Santiago nacida por reacción contra la de los moros a Mahoma y sus apariciones, una delirante imitación del culto romano a los «dióscuros» Cástor y Pólux (4). No deja de ser interesante traer todo ese examen al campo militar. Cuestiones bastante bizantinas, aunque de fácil respuesta para el que sabe leer en la Historia con ojos limpios. Podríamos resumir la conclusión en tres ideas:

a) A la resucitada idea orteguiana de «si puede llamarse Reconquista una cosa que duró ocho siglos», responderíamos con Menéndez Pidal que la Reconquista duró dos —de 1045 a 1250—, pues los anteriores sólo suponían la gestación y escauceos iniciales, así como los posteriores la tolerancia de un pequeño enclave musulmán tributario en Granada.

b) Al supuesto feudalismo gigante de «los cinco reinos de España» hay que advertir que no era ésta su naturaleza, pues existía perfecto acuerdo. La confraternidad se muestra en el reparto contractual de la actividad reconquistadora, estableciendo zonas de influencia, y una manifiesta cooperación en las grandes ocasiones (5).

c) A la *arabidad* de los españoles y *arabización* de algunos reyes y caudillos, por imitación e influencia musulmanas, hay que oponer el carácter original y democrático de Castilla, que predominó sobre el intento leonés de restauración visigótica, imponiendo por encima de arabismos —mínimos y meramente culturales— su ser ancestral ibero-vasco, y numerosas formas de vida consuetudinarias, bárbaras y romanas.

La síntesis anterior no pretende ser conclusión argumental, ni

(4) AMÉRICO CASTRO: *Santiago de España*, Buenos Aires, Emecé, 1958.

(5) MENÉNDEZ PIDAL: *El imperio hispánico y los cinco reinos*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1950.

agotar el análisis de premisas. Al lector interesado por estudios más minuciosos y concretos hemos de remitirle a los trabajos de los polemistas. Concretamente a Sánchez Albornoz para la supuesta *dioscuridad* de la devoción a Santiago. Demuestra el historiador en su réplica que ni siquiera en Roma tuvo verdadero eco el mito de Cástor y Pólux y asegura que en España no quedaba ni idea de él al iniciarse la lucha reconquistadora.

A través de nuestro estudio irán saliendo muestras de algo muy claro: lo que hay de feudalismo y de cruzada en la Reconquista, es decir, su espíritu cruzado, por una parte, y su ambiente feudal por otra, modificado por doble influencia externa: una, europeizante por el camino de Santiago, y otra arabizante que penetra por las rutas del sur. Espiritual la una y meramente cultural la otra.

Feudalismo y Reconquista

¿Diremos que en España no hubo feudalismo? Algún hipercrítico subrayaría rápidamente la frase. ¿Que el feudalismo fue muy moderado? La cómoda expresión no comprometería mucho y por lo mismo no sabría a nada. ¿Que hubo en España influencias feudales? Ello suavizaría la rotundidad primera hasta anularla. Cualquiera de las afirmaciones es verdad incompleta, pese a todo. Será preciso más bien buscar la conjunción de ellas para conseguir una idea exacta sobre tan discutida cuestión.

España estaba ya empeñada en la Reconquista cuando el feudalismo empezó a trascender y tomar cuerpo. Por eso la influencia feudal en nuestra Patria fue tardía e incompleta. No existió en España una verdadera organización feudal. Lo impedía la lucha con los moros, que obligaba a todos a acudir al llamamiento del Rey, la superioridad del monarca en campaña, los fueros y privilegios que los Concejos celaban cuidadosamente, y la facilidad de elevarse a los más altos cargos de la nobleza por acciones de guerra.

La invasión musulmana hizo patente el extraordinario contraste entre la civilización árabe y la gótica. En su conciencia, la Reconquista fue dando una nueva forma social al pueblo español, en parte por contacto y en parte por oposición a la vida y sentimientos de los moros. Contagio y repulsión inevitables en la relativa convivencia que la guerra trae consigo, ni tan hostil ni tan amistosa como autores an-

caricaturas iluministas, donde el hombre puede ser soberbio, cruel, e inhumano por razón de casta, mientras que su espíritu trata de elevarse, a su modo, en mística y ascética, con fórmulas tan limitadas y convencionales que la caridad con uno mismo no sólo es lo primero, según la máxima popular y egoísta, sino lo permanente, presente siempre en cualquier acto social; donde el «menos valer» es la mayor afrenta y se confunde tendenciosamente el honor con la honra, predisponiendo al fariseísmo, y donde el «punto de honor» es eje de toda la dignidad del caballero.

Algo hay de feudal en Castilla, mucho más en los reinos del Pirineo, tan favorables a la influencia extranjera, y rasgos considerables hay también en Galicia. Son muestras de ello en Castilla y Aragón, la facilidad de «desnaturarse» y servir a otro señor, la participación de los señores en muchas atribuciones reales, sus derechos sobre los vasallos hasta imponerles pechos y tributos, la obligación vasallal de seguir el pendón del señor en las gueras privadas y algunos otros privilegios típicos.

Sin embargo, Castilla, original y democrática, es como una encarnación antifeudal. Frente a los nobles preponderantes y ambiciosos, el Rey concede a los villanos sus fueros y representaciones en Cortes, Fernán González les nombra caballeros cuando tienen caballo y el Cid los ennoblece de un modo semejante. San Fernando y su hijo redondearon paulatinamente esta nivelación, aunque entonces como ahora, el problema social está latente.

El feudalismo encuentra su principal asiento en Cataluña, por razón de su frecuente dependencia francesa, como Marca Hispánica. Tiene también brotes bien arraigados en Galicia. En ambos reinos y en general en todos, prospera tanto mejor cuanto menor es el contacto con zonas de influencia árabe o hispana, romana o cántabra. Fuera de esta considerable feudalidad catalana, casi total, y esta parcial y discutible feudalización arago-galaica, el resto de España puede considerarse desligado del puro feudalismo como institución, del que sólo hay aspectos desviados y tardíos sobre las estructuras gótico-castellanas. Son nuevas y pujantes formas de vida, con influencia de árabes y judíos españoles, no lo olvidemos, pero donde lo feudal está más en lo aparente que en la esencia, más en la expresión que en la realidad del pensamiento y del vivir social.

Esto mismo se aprecia en el pretendido feudalismo máximo de «los cinco reinos de España». Tales reinos, se dice, suponen una

manifestación feudal a gran escala, a proporciones imperiales. El Rey, primero recibe un titubeante título de Emperador, que luego ostenta por sí mismo con la mayor pompa, sin regatear el añadirle los mayores tratamientos en diplomas, títulos y sellos.

Ello no significa feudalismo desbordado, sino aislamiento de los núcleos rebeldes, sentido de independencia en lo social y de comunidad en lo espiritual y lo político. Supone, sí, un contagio de formas cuando la Providencia permitió este nacimiento de rebeldías aisladas, que era una disconformidad política y consuetudinaria, con unidad firme en el ideal de la fe. Tal vez por eso en el principio se alude poco al motivo político y territorial de Reconquista, para hacer hincapié en el más hondo, el religioso, que es en donde consta que hay máxima unanimidad.

Al anticipo del caballero español sobre el cruzado en la línea del pensamiento y el espíritu religioso, se une el anticipo bélico del ejército español sobre el feudal en lo que se refiere al arte militar. No afectaba al guerrero de la Reconquista la afirmación de Spengler cuando dijo: «En los primeros tiempos de la Edad Media los ejércitos se convirtieron en un amasijo de caballeros andantes.» Por un doble predominio, del arte y del espíritu, pudo aclarar el cronicón Silense, ya en el 1115, la distinción sintética: «La más pujante guerra contra el pujante poderío sarraceno sólo la podían hacer los duros caballeros de España y no los lujosos magnates de Carlomagno». Donde dice Carlomagno puede leerse «feudales» y aun «cruzados». Recuérdese el fracaso de los pre-cruzados europeos, auxiliares de Alfonso VI, antes y después de Sagradas —o Zalaca—, las expediciones con carácter de cruzada de 1087 y 1089, caducadas precozmente en Barbastro y Tolosa, o la triste experiencia de cruzados extranjeros que abandonaron la empresa de las Navas.

Si, como afirma Lot, «el arte militar experimentó en las Cruzadas un evidente progreso», no cabe duda que por encima de él hay algo nuevo en el pensamiento militar del medievo español. Y también en la acción, que ha de seguirle para que lo militar pueda ser tal.

Reconquista y Cruzada

Dudar ahora de que la Reconquista española tuviese espíritu de Cruzada, resulta un tanto extraño. No obstante, la tendencia puede tener su origen en Kienast, quien aún no hace veinte años, asegura-

ba que «en Oriente se peleaba por librar las iglesias del dominio turco y en España por ampliar el territorio propio sin dar a la lucha carácter de Cruzada». Es ciertamente lo contrario a la observación de Américo Castro, el cual en los documentos coetáneos sólo ve preocupación religiosa, y la atribuye a contagio musulmán.

La respuesta pudiera encontrarse en textos del infante Don Juan Manuel, que convienen a ambas objeciones. Aunque un tanto tardío, el autor es muy fiel al pensamiento inicial en que se inspira. Dice el Infante: «Por eso hay guerra entre cristianos y moros, y la habrá hasta que hayan cobrado los cristianos *las tierras* que los moros les tienen forzadas». Pero también añade en otro punto que los españoles «sintiéndose solos, se tuvieron por mártires en la guerra» (7).

Fue Menéndez Pidal quien salió al paso de Kienast en 1944, para informarle de que dos siglos antes de las Cruzadas, en el momento mismo de nacer la historiografía de la Reconquista, se afirma el carácter religioso de la guerra, aunque ésta tuviese a la vez carácter político y económico como lo tuvieron también las Cruzadas de Oriente (8).

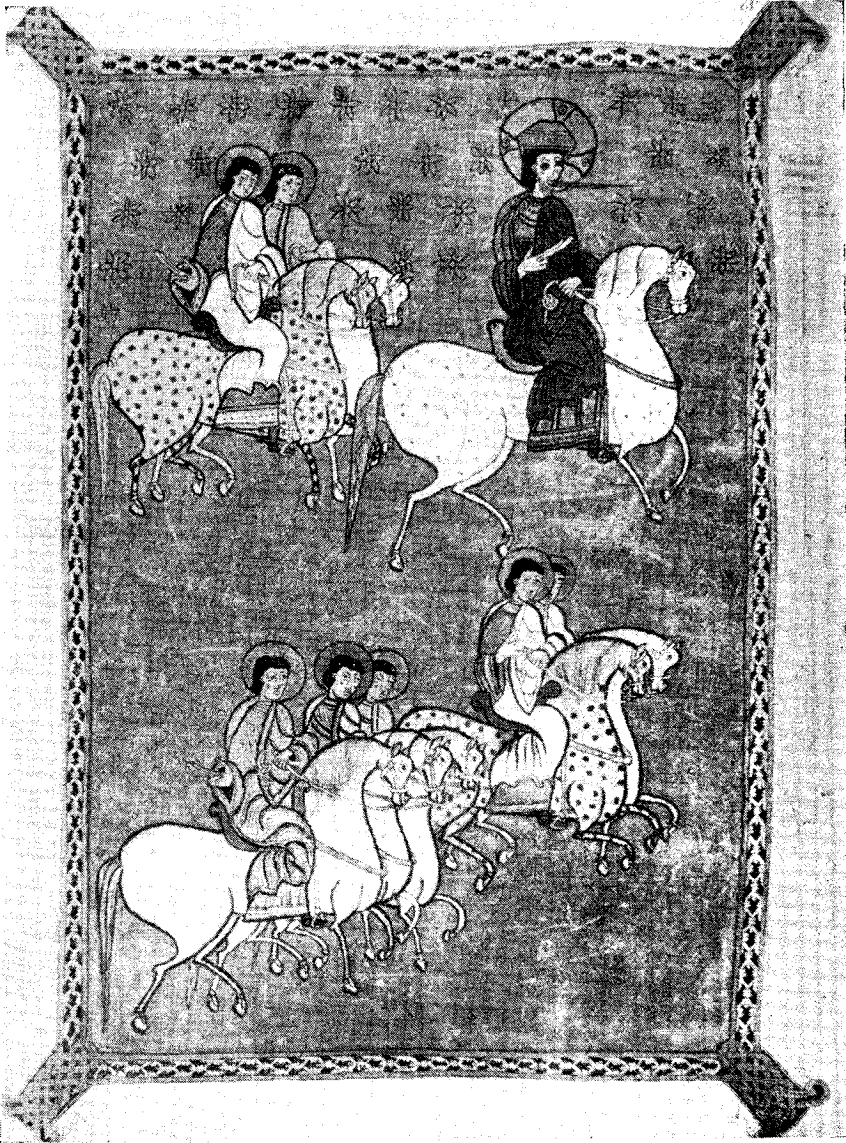
Ello nos incita a examinar un cuadro de este carácter, muy útil a nuestra idea general, rellenando el que esboza el ilustre historiador, para ver el contraste entre el espíritu de ambas luchas: las Cruzadas de Oriente y las Cruzadas de Occidente, las de Europa y las de España.

Por encima de cualquier teoría original, la Reconquista española fue verdadera Cruzada precoz, con indulgencias pontificias mucho antes que las Cruzadas europeas en Oriente. Había de serlo frente a la invasión árabe, no por contagio o mimetismo, sino por principio de reacción y sintonía de actitud y de fines. La invasión almorávide, por ejemplo, fue una «cruzada mora» de «los devotos», con espíritu inquisitorial para restaurar los mandamientos del Corán, el temor al infierno, el ayuno, el diezmo y la limosna, que entre los moros españoles se olvidaban demasiado. Es lógico y humano que frente a movimientos de fe de los invasores, se opongan otros de fe ardiente entre los agraviados.

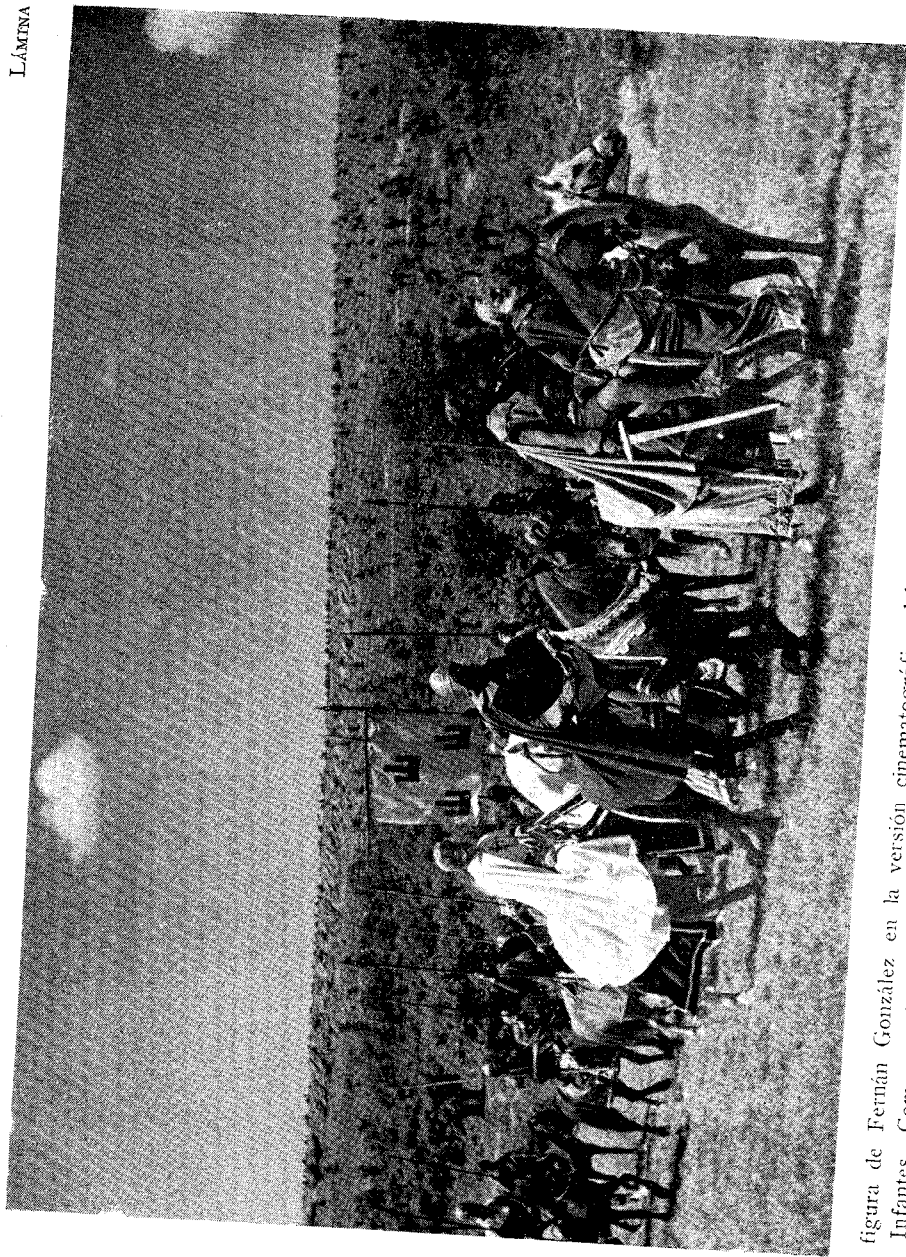
1. El «*Epítome Tëporum*», crónica mozárabe del 754, cuyas huellas de su texto perdido quedaron en la «*Continuata Hispania*»

(7) INFANTE DON JUAN MANUEL: *Libro del caballero y del escudero*.

(8) MENÉNDEZ PIDAL: *Castilla: la tradición y el idioma*, Espasa Calpe, Madrid,



Los miniaturistas de los Comentarios al Apocalipsis reprodujeron siempre, en múltiples variantes, «el Ejército del Señor», que ilustra al original del Beato de Liébana en el siglo XI. Aquí son pacíficas las figuras que suelen ir armadas, y no hay más armas que la espada que brota de la boca de Jesucristo.



La figura de Fernán González en la versión cinematográfica del Poema, rodada en 1962 en los campos de Salas de los Infantes. Como escóita figuran Santiago y San Millán, pues según tradición ambos ayudaron al conde con celestes escuadrones.

del mismo autor, presenta ya la Reconquista con carácter de Cruzada en curiosas alusiones.

2. El «Epítome Ovetense» del 883 concibe la lucha contra una «redención del pueblo cristiano» que guerrea «día y noche, continuamente, hasta que la predestinación divina decreta la expulsión de los sarracenos».

3. La crónica Silense de 1115 está impregnada de espíritu restaurador de la Iglesia. Para el cronista de Silos la invasión fue «castigo divino a la iniquidad de los últimos godos. Dios, que hiere y sana, fue quien ayudó a liberar a la Santa Iglesia del poder islámico. Ni siquiera la ayudó Carlomagno, que sólo sacó de España la derrota que los navarros le infligieron y no dejó otro recuerdo que su desastre en Roncesvalles».

4. Pero el propósito de Carlomagno y el de Luis el Piadoso fue, según ellos, «libertar la Santa Iglesia de España del yugo sarraceno». Sólo por ello pasaron el Pirineo más de doce expediciones desde 778 hasta 827. Dante alude a la expedición de Carlomagno a España como Cruzada santa: *dolorosa rotta quando Carlomagno perdé la santa gesta* (9).

5. En el siglo x, los sacerdotes acompañaban a las huestes españolas con atribuciones singulares. Tenían facultades extensivas para nombrar ministros y obispos territoriales y establecer el culto de las regiones liberadas. Raimundo, obispo de Barcelona, las ejerció en la expedición que atacó Mallorca, siguió la suerte de la guerra y murió en aquella isla, víctima de su ministerio.

6. Cruzada predicada con espíritu de supremacía política pontificia fue la que en 1064 resultó ineficaz en Barbastro.

7. Después de la derrota de Sagrajas, Alfonso VI pidió auxilio a Francia, amenazando pactar con los musulmanes y dejarlos pasar la frontera. Entonces Urbano II rogaba a varios condes de la Marca Hispánica y a todo el clero y fieles de la Tarraconense, que colaborasen a restaurar su Iglesia, ofreciendo las mismas indulgencias que si fuesen en penitencia a Jerusalén u a otra peregrinación. Verdad es que el ejército formado demostró su incapacidad en Tudela la primavera de 1087, y volvió a su país.

8. El *Cantar de Mio Cid* presenta al obispo don Jerónimo, antes de la batalla, absolviendo de sus pecados a «los que mueran lidiando de cara», como hicieron el 1212 los obispos de las Navas antes de

(9) *Infierno* XXXI. 16 y 17.

comenzar el encuentro. En el *Cantar* está vivo el espíritu de Cruzada. No es preciso que se llame a los castellanos «pueblo cruzado», como repite el autor del *Fernán González*; la Reconquista se hace en nombre de *la limpia cristiandad*, como se dice hacia 1105 en el *Mío Cid*, aunque no estorbará el aliciente que luego se plasmó en *a más moros, más ganancia*.

9. Temiendo la preponderancia de los almorávides en Occidente, Pascual II, en 1100 y 1101, prohibió a los caballeros y clérigos españoles ir a Jerusalén y concedía indulgencia de los pecados a los que luchaban en España.

10. El Papa Calixto II confirmó en sus facultades a Oldegario, arzobispo de Tarragona, y Pascual II decía al rey de Aragón: «Porque no podemos visitaros como me proponen mis deseos, hemos dado todas nuestras facilidades a nuestro amado hermano Oldegario, arzobispo de Tarragona». Su sucesor Gelasio II, en bula de 1118, amplió aún las prerrogativas de Oldegario.

11. Cuando el ejército de Alfonso el Batallador sitiaba Zaragoza en 1118, Gelasio II concedió indulgencia de los pecados a los combatientes y a quienes les ayudasen a la restauración de la Iglesia zaragozana.

12. En 1123, el Concilio de Letrán iguala enteramente, por el canon 11, el *Iter de Jerusalem* con el *Iter Hispanum*.

A partir de entonces huelgan las referencias, que son numerosísimas y tienen su cumbre en el ejército de las Navas.

En lo militar y en lo religioso era más puro y avanzado el caballero español que el cruzado. Es cierto que muchos de los combatientes de la Reconquista no tenían espíritu de Cruzada, pero tampoco lo tenían muchos de los cruzados. Subraya Menéndez Pidal (10) cómo la Primera Cruzada, la de mayor fervor y éxito, fue tachada de mera reconquista de las provincias del Imperio bizantino y no careció de traiciones y luchas entre unos cruzados con otros, ayudados por turcos y árabes, y también rasgos de benévola convivencia con infieles.

En la Segunda Cruzada, los caballeros teutones, a pesar de su fe, eran verdaderos guerreros paganos, que sólo se incorporaron al espíritu de la Cristiandad gracias a la predicación de San Bernardo de Claraval en 1144, haciendo compatible el heroísmo monacal con el heroísmo bélico.

(10) MENÉNDEZ PIDAL, *op. cit.*

FEUDALISMO Y RECONQUISTA

CRUZADAS DE ORIENTE Y CRUZADAS DE OCCIDENTE

	A ñ o		A ñ o
Batalla de Covadonga	718	Batalla de Poitiers	732
Fundación de Oviedo	761	Imperio de Carlomagno	771
Difusión del culto a Santiago	776	Retirada de Roncesvalles	778
Fundación de Burgos y batalla de Clavijo	884	Iniciación del Feudalismo	900
Independencia de Castilla	931	Aparece la <i>Chanson de Roland</i>	1060
Castilla se hace reino	1035	Los normandos invaden Gran Bretaña	1066
Conquista de Toledo	1085	Primera Cruzada	1096
Muere el Cid	1099	Los cruzados toman Jerusalén	1099
Primera redacción del <i>Mío Cid</i>	1105	Fundación de la Orden del Temple	1118
Fundación de la Orden de Calatrava	1158	Segunda Cruzada	1147
Crónica Najerense	1160	Tercera Cruzada	1189
Batalla de las Navas	1212	Cuarta Cruzada	1202
Aparecen las Siete Partidas	1263	Aparece la <i>Summa Teológica</i>	1263
Muere Alfonso el Sabio sin acabar su Crónica General	1284	Muere Santo Tomás sin acabar su <i>Regimiento de Príncipes</i>	1274
Crónica de Muntaner	1336	Iniciación del Renacimiento	1350

Los 10.000 caballeros y 100.000 peones extranjeros que acudieron al llamamiento para las Navas, en una característica empresa de Cruzada —con predicación previa y cruz en el pecho—, en cuanto comenzó la campaña se arrancaron las cruces de las vestiduras y se volvieron a su tierra (11).

La disolución del espíritu de Cruzada culmina con la expedición de Federico II, «el Sultán Bautizado», amigo del sultán de Egipto, en una extraña situación político religiosa.

La réplica de Menéndez Pidal, concluye advirtiendo que para que una guerra tenga carácter esencial de Cruzada, no son necesarios los requisitos formales de predicación previa, voto, cruz sobre el traje y peregrinación, pues no existen cuando la guerra se hace en casa propia y está la población constantemente ocupada. Lo esencial de una Cruzada es tomar la guerra como un servicio religioso, merecedor de indulgencias, y en eso la guerra de España se equiparó a las de Jerusalén, aún antes de que cuajase el pensamiento de la Primera Cruzada de Oriente.

Lo militar en las letras medievales

El pensamiento militar de la España medieval, se manifiesta en tres géneros literarios. Primero en las epopeyas de los Cantares de Gesta, con un idioma titubeante aún, pero de gran fuerza expresiva y, a veces, de grandes precisiones. Luego, en las Crónicas, narraciones ingenuas, muy parcas al principio, después muy subjetivas o muy crédulas, hasta que surge la preocupación documental. Finalmente, las ideas aportadas por la poesía y la incipiente historia, aún más arte que ciencia, se sedimentan en las reglas jurídicas de unas leyes meticulosas y sistemáticas que constituyen al mismo tiempo un tratado de didáctica y moral (12).

Vamos a estudiar el pensamiento militar en textos que no son propiamente castrenses, para que tengan típico sabor medieval, con zonas oscuras e indefinidas en todo. Ante nosotros aparecerá el héroe abriendo camino en tierras enemigas y en mentes coetáneas, dando paso a la historia y a la literatura; haciendo él mismo *en fechos*,

(11) Vid. M. PIDAL: *La España del Cid*, pág. 637.

(12) La parte relativa al pensamiento militar en las leyes medievales se anticipó en el número 13 de esta Revista para conmemorar el aniversario de la *Siete Partidas*.

poesía e historia. Dejará a los demás el cantarla y narrarla, algo muy importante, pero menos que vivirla con ejemplaridad creadora. Sobre lo uno y lo otro está la meditación, dando lugar a la filosofía y a las leyes, que de aquélla y de la historia se alimentan.

Examinamos una evolución del pensamiento militar, al que la acción balsámica del cristianismo fue depurando de sus bárbaras gangas medievales. Entre ellas, la superstición y el fanatismo, un concepto idolátrico del honor que llevaba al suicidio, una mística extraña que reclamaba la intervención divina sobre la espada en los «juicios de Dios» o llegaba al ensañamiento con el enemigo más allá de la muerte. Estaban también el estímulo codicioso del botín, la crueldad con los cautivos, algún brote de pacifismo cobarde y aún fuertes dilemas entre ética y eficacia.

Progresivamente sustituye al fanatismo un sentido teológico de la milicia que trasciende a los hechos de armas, los conceptos personalistas del honor dan paso a la idea de guerra divina y la crueldad primitiva a las virtudes del caballero orante y militante, clérigo-guerrero, cruzado, monje soldado o caballero de las Ordenes militares. Del incentivo de la ganancia se pasa a la generosidad, el sacrificio y el patriotismo como ideal guerrero. La belicosidad soberbia, el falso pacifismo y el afán de eficacia, se superan en el agotamiento de medios pacíficos, la espiritualización de la fortaleza y el respeto a la ética militar. Veremos sublimarse la voluntad de vencer en providencialismo de la guerra justa y el desprecio al prisionero en la iniciación del derecho de gentes. Frente a la tiranía caprichosa vemos nacer una democracia militar bien entendida, donde la autoridad y competencia del jefe es la mejor garantía de la libertad, la disciplina y la victoria.

En nuestro examen encontramos al héroe. Nos sale al paso el pensamiento, la acción, la trascendencia del héroe cristiano y español. Se plasma en él un conjunto de trípticos que recogen su *epos* y su *ethos*, su gesto y su gesta. Le canta la epopeya, le cuenta la crónica, le exige la ley. Desfilan ante nosotros tres tipos de héroe, el noble, el rey y el aventurero —el Cid, San Fernando, Roger de Flor— estudiados en tres épocas: la infancia en los cantares, la juventud en las crónicas, la madurez en las leyes. Con tres actuaciones humanas: la que mira al linaje, la que mira al esfuerzo y la que mira al ambiente. Con tres conductas hacia el enemigo: crueldad, piedad y contemporización.

Así, las gestas nos presentan a Fernán González, primer caudillo de una España en marcha, héroe político tanto o más que militar, a caballo entre la historia y la epopeya. Más tarde el Cid, en la cumbre inicial de la Reconquista, hoy ya sin más leyenda ni poesía dentro de la historia que la que emana de su fuerte personalidad, que es mucha. En la crónica vemos a Fernando III, único Rey Santo de España —pues San Hermenegildo lo era de Sevilla— del que no se conoce cantar de gesta alguno, aunque lo merecía; también queda a caballo, pero es entre las armas y las letras, entre el forjador de historia con la espada que es él mismo, y el hijo, que con la pluma, materializa los hechos en la historia y los pensamientos en las leyes, dando a ambas obras valor de monumentos. También destaca en ellos su aspecto militar, marcando prototipos que muestran su actitud ante la guerra en sí, ante la muerte y el enemigo, ante los subalternos y los prisioneros.

El tema, por las gestas, va desde Fernán González hasta el Cid, las crónicas nos llevan del Cid a San Fernando, y es el mismo Rey Santo quien nos introduce en las crónicas y leyes de su hijo Alfonso. El empalme castellano y terrestre del Rey Sabio es ya con su sobrino don Juan Manuel, tratadista militar, pero entre ambos han surgido otras líneas —catalana, aragonesa, marítima, al concluir la reconquista de estos reinos—, porque don Juan Manuel está muy influido por Raimundo Lulio y éste es navegante como Jaime I, tío segundo y suegro del Rey Sabio, cabeza de la línea cronística a la que sigue Roger de Flor, otro héroe de epopeya que en vez de gesta tiene crónica escrita por quien con él luchaba, no la primera, pero sí la mejor. La línea marítima entra ya en el Renacimiento de la mano del conde Pero Niño, cuya crónica es un poco texto de moral militar.

El avance del pensamiento militar cobra en el Cid un impulso inicial, tras el cual se detiene. Es un cénit desde los romanos. Después sólo le superan San Fernando en espiritualidad y en arte bélico, y Alfonso X en saber jurídico. La ordenación de las Partidas muestra que hay pocas cosas nuevas en cuanto a principios generales y que los dos tipos militares que hoy se perfilan, el que sigue al espíritu y el que sigue a la materia, son antiguos y eternos.

La evolución de los principios del mando militar se centra en hombres clave, cuya personalidad define a su época: Fernán González, irreconciliable con los moros, agota los medios pacíficos ante los

cristianos, «el pueblo cruzado» se gobierna en democracia militar. El Cid mantiene la misma actitud ante los cristianos: lealtad y mesura, su trato es distinto hacia el almorávide que hacia el moro andaluz, al cual respeta religión, costumbres, propiedad, y le concede treguas en la guerra, mientras que actúa con implacable terror contra los africanos. San Fernando renuncia a la vía guerrera contra los cristianos; duro con los herejes, es modelo acabado del santo-militar, santo en su oficio, temido y querido de los moros, que confían en su lealtad, se convierten por su ejemplo y lloran su muerte; es el más perfecto y afortunado caudillo cristiano, por predestinación y méritos, por pensamiento y obra. Su hijo Alfonso muestra en la Crónica la tendencia a lo heroico, pero también a lo cultural, moral y jurídico, como en las Partidas. Jaime I, aventurero y un tanto libertino, es el primer caudillo marítimo con pleno sentido español, casi cruzado. Roger de Flor, aún más aventurero, con alta religiosidad y virtudes más caballerescas que cristianas, se esfuerza en dar color de cruzada a sus empresas.

En tal sentido vemos cómo el héroe, el espíritu militar y la ley convergen primero hacia la espiritualidad cristiana. Pero, pasada la cumbre del héroe-santo, el camino se bifurca nuevamente, no ya en la inicial distinción entre lo cristiano y lo militar, sino en un desdoblamiento que produce el héroe cristiano, por un lado, y el héroe aventurero por otro. Mientras el primero sigue fiel a la línea tradicional, el segundo deriva primero por la aventura renacentista y después por la romántica. Llega a idealizarse como un nuevo modelo, que a través de la época liberal llega hasta nuestra Guerra de Liberación. Hoy la figura está ya superada en nuestro ejército.

Pero su influencia queda aún en la literatura, y por ella en las leyes. La línea ortodoxa que brotó en el Setenario y alcanzó en las Partidas su máxima expresión, continuaba en 1708 con toda su pureza en las *Reflexiones Militares*, de Santa Cruz de Marcenado, en las que Federico II confesaba haber fundamentado su táctica y que fueron libro favorito de Napoleón —junto al *Mío Cid* y los *Comentarios de César*— y aun en aquellas ordenanzas de 1762 que el conde de Aranda derogó para dar paso a otras, más sabias tal vez, pero también más influidas por él de la filosofía enciclopedista que privaba entonces.

Quizá alguien encuentre excesiva la insistencia en las motivaciones espirituales del pensamiento militar. No le falta razón. Lo pide el

tema, porque en la Edad Media ellas fueron el cimiento y la estructura del edificio castrense. Sin ellas, también hoy corre peligro de cuartearse cualquier otro edificio por fuerte que parezca.

Lo militar en los cantares de gesta

«Los cantares de gesta tienen ese hondo espíritu nacional que Federico Sclegel exaltaba como primero en el mundo», recordó, al estudiarlos, Menéndez Pidal (13). Tres cantares de gesta nacionales definen al hombre de sus patrias respectivas: La *Chanson de Roland*, los *Nibelungos* y el *Mío Cid*. La redacción conocida del primero corresponde al año 1060; la del segundo al 1200, y la del *Mío Cid* al 1105, aunque parece ser que su origen oral se remontaría al siglo X para el *Roland*, al XI para los *Nibelungos*, y a fines del XI para nuestro poema.

El cantar de *Mío Cid* está centrado, pues, entre la cronología del francés y el alcmán, pero asume la representación de toda la épica mundial. Como en los demás cantares españoles, se distingue en él la inspiración moderna dentro de la tradición de un viejo género que nos empeñamos en retener cuando se extingue.

El *Mío Cid* es tardío y narra lo que ve, como no hizo ninguna gesta extranjera, de ahí que sea original y renovador. Le obligan a ello el realismo del héroe, su proximidad al poeta, la espiritualidad de ambos y un especial senequismo que hace la obra humana y jugosa cual ninguna. Resume el carácter castellano en lo que tiene de militar y espiritual, estribando su principal valor en el realismo y la intimidad del personaje. Fruto poético tardío, exalta a un héroe tardío también, pero coetáneo del poeta. El Cid es el último héroe cantado por la gesta, pero el primero visto por su cantor.

Afirmaba Aristóteles que la poesía es más verdadera, más profunda y más filosófica que la misma historia, mas no quedaba ahí la paradoja, pues la completaba diciendo que la verdad es en sí más poética que la ficción. Daba toda una lección de verismo subjetivo que interesó a Menéndez Pelayo en sus estudios sobre historicismo, y la glossaba también Menéndez Pidal a propósito del Cid. Idea importante para las pretendidas objetividades de novelistas-históricos modernos.

(13) En lo que sigue me atengo al estudio de MENÉNDEZ PIDAL en *Poesía juglaresca y juglares*. Espasa Calpe, Madrid, 1942.



Moro granadino de un artesonado del siglo XIV, que figura en la colección Myron Taylor, de Nueva York.



La leyenda del caballo y del azor toma forma artística en el siglo XIV con inefable anacronismo. He aquí al conde castellano Fernán González y al rey leonés Sancho «el Gordo» en la ilustración de una crónica de la Biblioteca Real.

Los cantares castellanos son la única historia extensa de los oscuros años iniciales de la Reconquista, su primera fuente historiográfica. Las gestas son la historia popular como entonces gustaba y ejemplarizaba, escrita en romance incipiente, rudo y sabroso, sin hipercriticismo ni sospechosa neutralidad. En ellos está encerrada la historia de los siglos x y xi, sus datos son la base de las crónicas cuando éstas dejan de ser escuetas y palatinas narrando en breves líneas de latín los hechos de reyes y príncipes, para acoger también a los héroes populares en extensas narraciones de la lengua que nace.

Aún quedan residuos polémicos sobre la genealogía de las gestas. Demostradas las especiales características de la epopeya castellana, superior a todas las extranjeras, aún hay quien se obceca en preguntar si los breves romances fueron origen de los largos cantares, cuando está clara la filiación inversa. El falso y amanerado arcaísmo de los romances no resiste la más ligera prueba. El más viejo es del siglo xiii. En cambio, debieron ser del x los primeros cantares. Excepto el *Mío Cid* y las *Mocedades de Rodrigo*, todos o casi todos, se han perdido. Pero queda constancia de ellos en la *Crónica Silense* (1115), en la *Najerense* (1160) y en la *General* (1289), crónicas extensas que sucedían a las primitivas, desesperadamente secas, donde se despachaba en menos de dos líneas un reinado. Menéndez Pidal ha logrado reconstruir así estrofas y pasajes, semiprosificados en ellas, de *Los siete infantes de Lara*, *Roncesvalles*, *Sancho el Fuerte* y *Alvar Fáñez*, encontrando que muchas veces se basaban en versiones más primitivas de los cantares que hoy conocemos, romanceados y refundidos a través del tiempo.

Aún es frecuente confundir cantares con romances. Un romancero puede contener muchos más versos que un cantar de gesta; la diferencia está en que el romance es tardío. Los más viejos: *Quejas de doña Lambra*, *Afuera, afuera*, *Rodrigo*, no son sino fragmentos de los primitivos cantares de *Los Siete Infantes* y del *Cerco de Zamora*, conocido también como *Cantar de Sancho el Fuerte*. Se diferencian además en que siendo el cantar de gesta, por naturaleza, un poema épico, el romance es siempre épico-lírico, donde lo épico sólo es pintura y ambiente masculino para contraste con la delicadeza fememina en el amor. La esencia del romance es lírica y lo épico en él es pretexto y adorno. Pero el romance nace del cantar, que a partir del siglo xii se hace verso consonante corto y da entrada en cada frag-

mento a un tema amoroso que en el original apenas aparecía en último término de las costumbres y virtudes bárbaras, porque en el cantar interesa sobre todo la gesta. Luego las estrofas se separan y las refundiciones y romanceros buscan la novedad en anteponer al héroe unas mocedades amorosas y un epílogo de *justicia poética*, donde se dé cumplido escarmiento a los traidores, como aún se hace hoy en la segunda parte de las novelas de éxito.

Los cantares primitivos solían tener de 3.000 a 4.000 versos; así serían el cantar del Cid y el de Fernán González. Paralelamente había otros más cortos, tal parece que fue el de los Infantes de Lara, con unos 1.500 versos. Aún se componían otros menores, como el *Romanz del Infante García* y la *Leyenda de la Condesa Traidora*, que no pasaban de 500 ó 600. Eso no impide que hubiese un libro de Alexandre con 10.000, en tiempos de refundiciones y alargamientos, cuando ya tendría 8.000 el *Mío Cid*, que fue base para historiar al héroe en la *Crónica General*.

De todos modos se distinguen claramente tres épocas: un nacimiento, rudimentario, de cantares cortos hasta el año 1100; un auge muy floreciente, de cantares largos, hasta 1236; una decadencia, con refundiciones, hasta 1350, cuando ya los poemas son más bien narraciones históricas versificadas.

Los cantares de gesta tienen su mayor acierto en la desnuda simplicidad de su estilo y en el esmero seleccionador de los numerosos refundidores que dan constantemente nuevas variantes del cantar primitivo. Cada uno de los autores evita cualquier vanidad de alardear ingenio, o de seguir novedades de escuela, dejándose llevar del propio sentimiento como exige la obra de arte dedicada a la popularidad en su acepción más digna y elevada. Este anonimato, humildad y multiplicidad de versiones, hace que los cantares no tengan firma, ni título, ni fecha. Su autor es el pueblo, su título el del héroe, su fecha el siglo en que nace.

Vida, milicia y vida de milicia

Los argumentos íntimos de las gestas suelen centrarse en costumbres de raíz germánica que la tensión guerrera pone a flote al par de la epopeya. Menéndez Pidal destaca algunos de los siguientes:

1. *La venganza privada como derecho y deber.*—Todo el cantar

de los Siete Infantes es una cadena de venganza que no sólo recaen sobre los culpables, sino sobre los inocentes allegados a ellos.

2. *El odio heredado.*—El odio se hereda en los cantares como en los textos jurídicos. En la *saña retenida* del de Fernán González, que está igualmente en el alma de los poemas: *Los Siete Infantes de Lara*, el *Infante García* y otros. Está manifiesto y generalizado al máximo en *El cerco de Zamora*, con desafío a todos los zamoranos, pasados, presentes y venideros.

3. *El juicio de Dios.*—En el cantar citado se decide la culpabilidad del vecindario por medio de un sangriento duelo. En el *Mío Cid* prueba un duelo final la traición de los vencidos, y toma parte en él un hermano de los de Carrión, que era ajeno al asunto.

4. *Confirmación de intenciones.*—En el cantar de *Mío Cid*, los doce *conjuradores* que la ley establece juran conjuntamente con Alfonso VI la rectitud de intenciones de éste, que sólo Dios conoce. También es oportuno señalar el valor simbólico del número doce, que se repartirá insistentemente en las instituciones, como los doce sabios del consejo de San Fernando o los doce caudillos o adalides que eligen al novel en las *Partidas*.

5. *Repercusión de lo privado en lo público.*—En *La condesa traidora*, se muestra un claro ejemplo. Garci Fernández, el hijo de Fernán González, se considera incapacitado para seguir gobernando Castilla mientras no vengue por su mano la mancha de su honor—según las fieras leyes que lo rigen—, matando durante el sueño al raptor de su adúltera esposa.

La vida militar de los cantares castellanos está impregnada de costumbres germánicas: La consulta a los vasallos por el señor, muestra social de individualismo germano, culmina en consejos de guerra que se advierten reiteradamente en el poema de Fernán González, como manifestación de democracia militar, inédita en España. La *organización de la hueste* por agrupación de mesnadas, que se organizan a base de reunir familias y vasallos del señor, al que voluntariamente siguen, ligados por juramento de fidelidad, ayuda mutua y venganza de su muerte si es preciso. Así es la mesnada del Cid, formada por varios parientes burgaleses y numerosos burebanos, según estradición, o la del señor de Lara, que se une a Mudarra y hace suyo el deber de la venganza. *El dar nombre a la espada* de los caballeros *para hacerla famosa y distinguida*; *el voto solemne* pronunciado en alguna situación extraordinaria, comprometiéndose

el caballero a ejecutar alguna empresa de gran dificultad y la *presencia de la esposa y las hijas en la batalla*, para encender el ánimo del guerrero, sabiendo que habrá testigos entrañables de su valor. Son algunos de los caracteres más significativos de ese origen germánico.

En cambio, la influencia árabe apenas dejó algunas costumbres, ligadas más bien a variaciones de léxico y modalidad. Así los *adalides* o guías prácticos de la guerra; los *enacidos*, o espías; los *alariados*, o gritos de combate, el *quinto* y *redroquinto*, del botín destinado como tributo al rey o al caudillo, de prescripción coránica (14).

Cuando el cantar se acerca al héroe, su emoción y sus hechos contagian al poeta y por éste al lector o al auditorio. El héroe está allí, «metiendo sus manos en el hecho»; la página de la historia parece escrita con la sangre que gotea de la lanza y la de la derrota, con la que mana de la propia herida. Pero todo ello suele ser más por obra de un arte realista que por propia experiencia del autor.

Sin embargo, es frecuentísimo que aún escritores de primera fila se dejen contagiar por el realismo evocador del cantar y confundan historia y poesía, tomando como frase y actitudes del héroe lo que fue sólo artificio creador, interpretación o adorno del juglar. Así surgen las frases «El Cid pensó», «Fernán González dijo», «Los Infantes de Lara hicieron», bajo la sugestión de un vívida página juglaresca de las gestas.

Sería inútil buscar en los cantares idea militar concreta, porque no la hallaríamos. Si alguna vez su autor es un juglar soldado, éste será más bien peón o escudero ignorante de milicia, tan despreocupado de la maniobra como entusiasta de luchas y victorias. El cantar no será nunca historia militar, menos aún un tratado de táctica o de estrategia.

El juglar combatiente

Su origen fue guerrero. En la *Crónica pseudoisidoriana* del año 1000 consta cómo los godos tenían cantos épicos, y que la ruina de su monarquía en España fue relatada legendariamente en varias versiones según los intereses del momento. Su pérdida las envuelve en

(14) MENÉNDEZ PIDAL: *La epopeya castellana a través de la literatura española*. Espasa Calpe, Madrid, 1959.

una atractiva nebulosa. Consta también que el clero, incorporado a la cultura visigoda, los despreciaba considerándolos poesía vulgar saturada de costumbres bárbaras. Pero San Isidoro, con entusiasmo gótico, recomendó a los jóvenes nobles ejercitar la voz con «cantos de los antepasados, por los que los oyentes se sienten estimulados a la gloria» (15).

La épica castellana aparece con una característica de «cantabridad» o hispanismo que la diferencia esencialmente de la francesa y germana, incapaces de combinar el mito épico con la experiencia viva. Ya Américo Castro destaca varias veces el hecho singular de que la historia hispana naciese en las regiones menos pobladas y romanizadas, lo que representa un nuevo dato de la actitud antileonesa que suponía la política de Castilla (16). La épica castellana significa una reacción contra la tradición oficial visigoda, tan fielmente seguida por la monarquía de León. Los temas de las gestas son ahora de costumbres cántabro-germánicas que reaparecen en Castilla.

La Iglesia española del siglo XIII exceptuaba de su excomunión a los juglares que fuesen de gesta, reconociendo en ellos junto a su finalidad recreativa un alto sentido de formación histórica y moral: *Ad recreationem et forte informationem*. Los demás cantares fueron tan mal recibidos como los *Comentarios al Apocalipsis* del beato de Liébana, que escandalizaron al herético arzobispo de Toledo, quien se hacía de cruces ante la osadía de un monje de las Asturias metido a teólogo, como si no hubiese bastantes toledanos.

Los temas tratados hacen que puedan agruparse en ciclos, los cuales pueden concretarse así:

1. *De la pérdida de España*.—Con el cantar de este nombre y el de Florinda la Cava, la hija del conde don Julián, cuyas referencias están en la *Crónica Pseudoisidoriana* (833) y en la *Silense* (1115).

2. *De Roncesvalles*.—Con el cantar de este nombre, escrito hacia 1120 a imitación francesa, con unos 5.000 versos, de los que Menéndez Pidal logró reconstruir 100. En ese ciclo, el *Bernardo del Carpio* es réplica imaginativa de la *Chanson de Roland*, inspiradora del anterior, obra tardía con varias formas en 1236.

3. *De Fernán González y los Infantes de Lara*.—El primero, tal

(15) MENÉNDEZ PIDAL: *Los godos y la epopeya española*. Espasa Calpe. Madrid, 1956.

(16) AMÉRICO CASTRO: *Los españoles: Cómo llegaron a serlo*.

como hoy lo conocemos, es un cantar de clerecía escrito hacia 1250, con filiación de uno de juglaría muy modificado que conocía el autor de la *Najerense* (1160); así refleja dos épocas distintas, la que mantiene del original, y la anacrónica, del tiempo en que se escribe. El de los *Siete Infantes*, extraído por Menéndez Pidal de prosificaciones incompletas en las *Crónicas Generales*, resulta la más antigua versión que poseemos de un cantar; parece contemporáneo del hecho narrado, que ocurrió hacia el 980, por la fidelidad con que pinta las relaciones entre los cristianos y Almanzor, dando una visión cabal de la época. Al mismo ciclo pertenecen el *Romanz de la Condesa traidora* y la *Leyenda del Infante García*, tratando uno del hijo de Fernán González y otro de su último descendiente.

4. *Del Cid*.—Comprende el *Cantar de Sancho el Fuerte*, también llamado del *Cerco de Zamora*, reconstruido en varios fragmentos, que debió ser de fines del siglo XI, incluido en crónica de 1260. El de *Alvar Fáñez*, del que apenas hay más que noticias, y el de *Mío Cid*, del que nos ocupamos detenidamente en estudio aparte, conocido en copia de 1304 de una refundición de 1140, aunque su primera forma nació hacia 1105. Muy tardío ya, el poema de *Las Mocedades*, también llamado *El Rodrigo*, tiene una base romancesca.

5. *Poema de Alfonso XI*.—Con otros más tardíos, que pierden interés en cuanto a su consideración como cantares de gesta.

De todos ellos elegimos para nuestro estudio los tres que mejor pueden definirnos el ambiente militar medieval, por su conservación más íntegra y pura, tanto como por su mayor contemporaneidad con los hechos que narran. En el cantar de *Los Infantes de Lara*, el de *Fernán González* y el del *Cid* hay tres actitudes hispanas muy definidas.

Las gestas se cantaban entre las gentes de armas. No tenemos referencias castellanas concretas, pero se sabe que en la Primera Cruzada iba con los conquistadores de Antioquía el juglar Ricardo el Peregrino, autor de la *Antioche*. Bertolay fue un noble guerrero a la vez que juglar, que en la *Raoul* cantaba las bárbaras luchas feudales del 943, e intervino en la batalla de Origny, allí descrita. En 1066 se cantó *La Chanson de Roland* —una versión antigua, desconocida hoy— para enardecer a los combatientes de la batalla de Hastings, y el juglar, en premio a su buena trova, obtuvo de Guillermo el Conquistador el honor de «las primeras heridas», haciendo prodigios de valor. Y aún añade luz un dato que si no es militar es combativo,

pues hacia el año 1070, la hueste de bandoleros que asaltó en Francia el famoso monasterio de Fleury, iba precedida de un juglar de gestas que excitaba su ardor bélico.

Las anteriores citas y algún otro dato extranjero daban pie a Menéndez Pidal (17) para explicarse ciertas frases de la crónica *Adefonsi Imperatoris*, anterior a 1157, haciéndole pensar que los soldados victoriosos no sólo regresarían cantando el *Te Deum*, como allí se dice, sino también fragmentos de las gestas. Sin duda se alude a canciones de soldado, cuando el mismo autor en el verso 136 del *Poema de la conquista de Almería*, tercera parte de aquella crónica, exclama entusiasmado: «Su lengua resuena como trompa y tambor» (18).

Así reconoce nuestro ilustre historiador la presencia del juglar guerrero en años muy próximos al *Mío Cid* y aún aclara que no es menos creíble un poeta en la guerra del siglo x, que un Alonso de Ercilla en la del xvi. Ello predisponía a pensar que pudiera ser un guerrero el poeta del *Mío Cid* como otro día indagábamos.

Tal es el aspecto histórico militar de los cantares de gesta. Ninguno de ellos, español ni extranjero, puede equipararse con el de *Mío Cid*.

(17) MENÉNDEZ PIDAL, *op. cit.*

(18) SÁNCHEZ BELDA (Luis): *Crónica Adefonsi Imperatoris*. «Edición y estudio». Escuela de Estudios Medievales del C. S. I. C. Madrid, 1950.